

aprovechaba el don del entendimiento, la eloqüencia, la filosofía y la ciencia legal para adelantar y llegar á los empleos; baxo gobiernos incultos, sin principios, y en donde todo lo conseguian el capricho, la ocasion y la fuerza; los vencidos adoptaban las ideas de los vencedores, y se entregaban como ellos á la profesion de las armas, á los ataques y á los combates, únicos ejercicios que conducian á la elevacion y á la fortuna. Se limitaban, pues, las letras á la clerecía, que por su estado estaba obligada á instruir al pueblo, á atacar los errores, á leer para aprender el dogma, y á escribir contra aquellos que le impugnaban: se refugiaron los estudios á los monasterios. El reposo de estos asilos de piedad, el ocio de que allí se gozaba, y la abundancia que en ellos habia reynando la liberalidad de los fundadores, les hacian propios para servir de retirada á las ciencias y á las artes; mas estas se hallaban privadas del primer principio de la vida, y del único móvil capaz de animarlas, que son la emulacion y la esperanza de la gloria. Así quales hayan sido estos estudios y los de los claustros desde este siglo hasta la renovacion de las letras, darémos una idea justa é imparcial quando habláremos de las escuelas que fuéron establecidas en las catedrales y en los monasterios; cuyo asunto reservamos para el siguiente siglo, á fin de hacer las observaciones mas útiles, colocándolas baxo la época de los acontecimientos que á propósito presentaremos.

La curiosidad, que es uno de los caracteres del espíritu humano, ó por mejor decir, uno de sus males, no es menos activa baxo el imperio de la ignorancia, que baxo el de la razón ilustrada, y acaso lo es algunas veces mas porque conoce ménos sus límites, y que todos los medios le son favorables con tal que ella se satisfaga. Sirven para justificar esta reflexión las prácticas supersticiosas que principiaron á tener acogida en este siglo. Se empleaban en aprender las cosas ocultas, penetrar lo venidero, conocer los designios del cielo y acomodarlos para sus intereses; y se hicieron de un uso mas freqüente y mas extendido en lo sucesivo. La legislacion las adoptó, y en la misma religion parecia se autorizaban durante algun tiempo: mas la renovacion de la luz hizo bien pronto ver su ridiculez y absurdo, de cuyo asunto nos ofrecemos á hablar mas largamente, quando describamos las formalidades civiles y religio-

sas que estuvieron en uso, con estas extrañas ceremonias que llaman pruebas judiciarias y juicios de Dios.

ARTICULO III.

Estado de la Iglesia en todas las partes del mundo christiano.

Para dar una justa idea del estado en que se hallaba la Iglesia de Oriente á principios de este siglo, es necesario referir un suceso que habia acontecido en los últimos años del siglo precedente, y que con propiedad pertenece aquí su colocacion. Habia expedido, como se sabe, el emperador Zenon en 485 el célebre edicto de pacificacion, llamado Henótico, por el qual pretendia reconciliar todos los partidos que se habian formado en la Iglesia con motivo de la doctrina de Eutichês y del concilio de Calcedonia, en el qual se habia condenado esta doctrina. Acacio que habia sucedido á San Gennadio en la silla patriarcal de Constantinopla en 471, era el verdadero autor de esta empresa de Zenon, habiendo conseguido como cortesano hábil apoderarse de la debilidad de este príncipe, deseoso de influir en los negocios de la religion por luces que no poseia, y por una autoridad de que abusaba. Persuadido Zenon por las insinuaciones del patriarca, quien se hallaba tan dispuesto á oír, creyó que tenia facultad de sentenciar sobre las disputas que no habian podido cortar el juicio de los pastores. Fué aceptado el plan que Acacio le propuso con tanto mas gusto, quanto lisonjeaba su inclinacion, y que por otra parte el calor de los espíritus y la duracion de las contestaciones atraían un perjuicio sensible al estado por la division de los ciudadanos de todas clases que tomaban partido en estas discordias, segun los intereses de aquel á que se inclinaban. Léjos de conciliar la paz y la uniformidad el Henótico, llegó á ser una nueva piedra de escándalo. Hubo sus divisiones en pro y contra este edicto, como se habia executado en favor de las opiniones de Eutichês ó del juicio doctrinal que las habia proscrito. Nuevo motivo para disputar, acusar y aborrecer; nuevo pretexto para deponer, desterrar y perseguir, quando no se podia alcanzar con artificios ó violencias la aceptacion del edicto que se queria poner en lugar de

qualquiera otra decision sobre el objeto que turbaba la Iglesia. Indignado el papa Felix II. contra Acacio, que miraba justamente como al autor del *Henótico* y de todos los males que causaba en la Iglesia, condenó á este Patriarca como fautor de la heregía; y habiendo sido su decreto publicado en Oriente, se separó Acacio abiertamente de la comunión de la santa Silla, y atraxo un grande número de obispos á su partido, y aun algunos de aquellos que condenaron los errores de Eutichês, y que se habian sinceramente inclinado al concilio de Calcedonia: de lo qual se originó un cisma, de que los partidarios de la heregía se aprovecharon para extenderse y apoderarse de las sillas que vacaban, y en las que Acacio por su crédito hacia colocar sugetos favorables á su causa; y aunque su muerte aconteció en 488 no se siguió la calma de las iglesias de Oriente. Estas trataron muchas veces reunirse con las de Occidente, mas siempre nuevos incidentes de parte de los emperadores ó de los papas trastornaron las negociaciones é impidieron que no tuviesen una favorable resulta. La principal causa que retardaba la reunion era la inflexibilidad de los pontífices de Roma, que no querian venir á ningun partido, á no ser que entre ellos no se borrara la memoria de Acacio y se quitase su nombre de los dipticos ó tablas eclesiásticas, en donde se inscribia á los obispos muertos y que vivian, cuyos nombres se pronunciaban en la santa liturgia. En vano los obispos orientales enviaban á Roma profesiones de fe, en que no dexaban alguna nube sobre su sana doctrina. Los papas Anastasio, Gelasio, Symmaco y Hormisdas, tan rigurosos como Felix, nada quisieron rebaxar de lo que este habia erigido, y por lo mismo fué necesario conceder á Hormisdas, para volver á la gracia de la santa Silla en 519, la condenacion de Acacio, y aun la de sus sucesores Euphemio y Macedonio que habian muerto desterrados por la fe. Seria temeridad, á lo que parece; acusar de dura esta conducta, sostenida por cinco papas, que fueron todos reconocidos por hombres sábios, ilustrados y llenos de zelo; y así es mas natural y mas equitativo creer que estos pontífices tan respetables se persuadian á que su firmeza en semejante ocasion se dirigia muy de cerca á los intereses de la religion, para que en nada pudiesen disminuirla sin autorizar á aquellos que por indiferencia ó hu-

manas miras pretendian que se podian someter á una ley que parecia no hacia ninguna ofensa á la fe. Su intencion, fácil de penetrar, era de sostener la autoridad del concilio de Calcedonia, cuyos decretos eran la regla cierta y el punto fixo de que no se podian apartar, de desechar todo sistema político, todo convenio que pusiese la fe en compromiso, y de enseñar á los fieles que en materia de doctrina no hay un partido medio entre la verdad y el error. Se hizo el mal aun mucho mayor baxo Anastasio I, que subió al trono despues de Zenon. Este nuevo emperador, que era Eutichiano, y que reunia todo el fanatismo de un hombre faccionario al poder supremo, persiguió abiertamente á todos los que rehusaban condenar el concilio de Calcedonia. Muchos obispos fueron bastante débiles para condescender con la voluntad de este príncipe. Aquellos á quienes las caricias y las amenazas no pudieron corromper fueron depuestos, echados de sus iglesias, desterrados, y en donde muchos murieron de malos tratamientos y de miseria. No obstante, Anastasio de viva voz y por escrito habia prometido antes de su coronacion no determinar nada contra la autoridad del concilio que habia proscrito el eutichianismo, y de no inquietar á los católicos con este motivo. Mas qué pueden las promesas y los juramentos para moderar la impetuosidad de aquel que todo lo puede, y que tiene en el corazon el falso zelo de la heregía, exáltada por todo el orgullo que inspira el soberano poder? el mismo miedo de perder el imperio no pudo inspirar en este príncipe pensamientos mas humanos hacia aquellos de sus vasallos que no pensaban como él; á lo ménos, si aparentó suavizarse, y si consintió en no hacer mas persecuciones quando vió próxima á descargar sobre él la borrasca; esto fué solo por un momento, mas despues que cesó el riesgo, se mostró mas animado que nunca para separar de los empleos y derribar de sus sillas á todos los que se oponian á su voluntad. En este tiempo fué quando muchas provincias habiendose rebelado, y estando á las puertas de Constantinopla el conde Vitaliano con un ejército, se contentó con pedirle la revocacion de los destierros y la libertad de ser católico, sin exponerse á los efectos de su ira. Todo lo prometió, mas tan pronto como fué desarmado volvió á la persecucion con mas violencia que hasta entonces lo habia executado. Tal fué la conducta de

este príncipe hasta su muerte que sucedió en 518.

Se vieron en la Iglesia de Oriente principiarse días más tranquilos, quando Justino I. recibió la púrpura. Levantó los destierros, confirmó el concilio de Calcedonia, é hizo servir su poder para el restablecimiento del buen orden, teniendo la gloria de consumar la reunion de la iglesia de Oriente con la de Occidente. Preparó su reynado el de Justiniano, que fué tan brillante por el esplendor de las victorias, y que hubiera sido para la religion un tiempo de prosperidad, si este príncipe hubiese limitado su zelo á proteger la Iglesia, y á procurar por medios pacíficos la execucion de sus decretos, sin ambicionar el papel de teólogo. Tenia este príncipe un entendimiento vivo y sutil, como la mayor parte de los griegos, profundo, penetrante y capaz de una amplificacion fuerte y propia para las discusiones de la metafísica más abstracta, cuyas qualidades empleó en el exámen de las quèstiones que dividian á la Iglesia, y le llevó muy adelante aun para un particular, que por su estado estuviera obligado á hacer de ella el objeto de sus estudios. Esta sutileza de raciocinio que no supo encerrar en justos límites, estas continuas meditaciones sobre materias, que es siempre muy peligroso el pretender aclararlas, porque por su naturaleza se hallan rodeadas de una obscuridad impenetrable, conducian á Justiniano al error de los incorruptibles, y le hicieron abandonar en sus últimos días la pureza de la fe, por la qual hasta entónces habia demostrado tan grande zelo. Este error, que se levantó repentinamente, y que fué un nuevo fruto de la ligereza del espíritu humano en el exámen de los misterios, consistia en que el cuerpo de Jesu-christo no habia estado sujeto á ninguna de las pasiones y afectos de la naturaleza, como el hambre, la sed, el sueño y el dolor, lo que era reducir la encarnacion á un estado puramente imaginario. Se encaprichó Justiniano tanto en esta opinion, que publicó un edicto para hacerla recibir, y le recargó, con penas las más rigurosas, contra aquellos que la desechasen. Iba la Iglesia á probar por su parte una persecucion tanto más cruel, quanto este príncipe era más fuertemente adicto á sus ideas, y más absoluto en sus caprichos, quando le arrebató la muerte, como hemos dicho en 564. No se puede negar que Justiniano fuese verdaderamente apasionado á la religion, que no

se interesase vivamente por su gloria, y que no le haya hecho con sus leyes, con su talento y aun con su autoridad importantes servicios. Su vida en lo interior del palacio era la de un hombre piadoso, y aun de un christiano austero. Eran sus costumbres irreprehensibles, su mesa frugal, y su zelo por la conversion de los paganos y de los hereges no ahorraba ningún medio para atraerles á la fe; y de hecho por su cuidado Graitis rey de los herulos, y Gordias rey de los hunnos, abrazaron el christianismo con la mayor parte de sus vasallos en los primeros años de su reynado: hizo venir á Constantinopla á estos príncipes para recibir el Bautismo, y les conduxo á las sagradas fuentes con todo el aparato de que era capaz una ceremonia semejante. El negocio de los tres capítulos, de que Justiniano procuró su dichosa conclusion por un concilio ecuménico, y por la union de su autoridad con la del soberano pontífice, fué uno de los más importantes de su reynado; y de que hablaremos con la extension que merece en el artículo siguiente, como también del Origenismo, que no causó disputas ménos vivas, ni ménos funestas divisiones en todo el Oriente.

Iguales principios de discordia obraban en el seno de la christiana sociedad, y producian efectos siempre asimismo deplorables, baxo Justino II., Tiberio II. y Mauricio, que ocuparon el trono imperial hasta fines de este siglo. El segundo concilio general de Constantinopla tomó los medios que juzgó más propios para el restablecimiento de la paz, y para la destruccion del espíritu del cisma que soplaba por todas partes; pero esto mismo fué un nuevo motivo de disputa entre los católicos, como luego diremos; de modo que la Iglesia, continuamente agitada y despedazada por sus propios hijos, frecuentemente tenia motivo de condolerse de los tiempos en que no tenia más que temer sino el furor de los tiranos, y en que la sangre que derramaba baxo el cuchillo enemigo bastaba para asegurar el triunfo de la fe.

Era imposible que la Iglesia se hallase tranquila y floreciente en el Occidente, siempre entregada á los bárbaros, y siempre despedazada con porfiadas guerras. Teodorico, aunque era un gran príncipe, perseguía en Italia á los católicos, é hizo morir por la mano de verdugo á Boecio y Symmaco, los dos hombres más grandes de su tiempo por

motivos políticos ó de venganza, y llevaba la tiranía hasta el grado de despojar al papa Juan de los honores que habia recibido en Constantinopla, donde él mismo le habia enviado por los intereses del estado. La conquista de Italia por Belisario, que dió fin al reynado de los godos, hubiera debido dar á la Iglesia mas libertad, mas fuerza y esplendor con la proteccion de las cabezas del imperio que tenian interes en atraerse á los de este antiguo dominio, adonde acababan de entrar con tanta gloria; mas divididos estos gefes que tenian unas costumbres, y una política tan diferentes de aquellas que convenian á las necesidades actuales de la Italia, y al carácter de sus habitantes, y que al contrario desde largo tiempo se habian acostumbrado á no mirar la patria de los primeros césares, como á una porcion del estado, no atendieron en esta conquista sino á la gloria de haberla conseguido. Los gobernadores nombrados por los soberanos de Constantinopla exercian un poder, que por mas subordinado que parecia en su naturaleza, en los hechos era absoluto. Atraian á sí los negocios eclesiásticos, vendian su proteccion, y procuraban los obispados para aquellos que compraban su favor con regalos ó complacencias. Tal fué la conducta de Belisario y de Narsés. Se puede decir que estos dos generales reynaron en la Italia, mas bien que mandaron en ella por orden del emperador; pues de tal manera exercian la autoridad, que parecia independiente. Lo demostró bien el primero en lo que practicó para colocar á Vigilio sobre la Santa silla, lo que era un escándalo nuevo en la Iglesia. Nunca se habia visto, aun baxo los príncipes paganos á un papa legitimo y en todo irreprehensible, qual era Silverio, arrestado por el comandante por vanas sospechas, desterrado sin haber probado el delito, y reemplazado en vida por aquel mismo que generalmente era conocido por autor de una tan odiosa conspiracion; mas lo que hizo á Belisario mas culpable, y á Vigilio mas indigno de una clase á que se elevaba por unos medios tan criminales, fué que el primero dió oídos á la ambicion de Vigilio por el interes de doscientas libras de oro, y que éste compró la tija á la emperatriz Theodora, prometiendo anular la autoridad del concilio de Calcedonia. Un tratado de esta naturaleza supone al mismo tiempo que los representantes del emperador gozaban de un gran poder, y que habian

caido las reglas canónicas en un grande desprecio: esto no obstante se debe notar aquí por honor de la religion y de la instruccion de los fieles que Vigilio, un pontífice que no habia subido á la cátedra de San Pedro sino con la condicion de sacrificar la verdad, sostenia sus intereses con tanto valor como los Celestinos, los Dámasos y los Leones, quando obraba como cabeza de la Iglesia.

Luego que los lombardos llamados por el resentimiento y por la traicion de Narsés hubieron levantado en la Italia un nuevo trono, sus príncipes que eran arrianos reproduxeron todas las violencias de que habian sido autores los reyes godos; pues las ocasionaron aun mucho mayores en las guerras que tuvieron que sostener para extender y afirmar su dominacion. La iglesia Católica de quien eran enemigos y frecuentemente perseguidores todos estos príncipes, no estaba ni bastante libre, ni bastante reverenciada para ocuparse con buen suceso en el desempeño de su obligacion, que es la de procurar la gloria de Dios y la salvacion de los hombres. Sus templos eran frecuentemente saqueados, interrumpidos los santos misterios, y las vírgenes consagradas á Dios entregadas á la brutalidad del soldado: las leyes canónicas que en tanto tienen fuerza, en quanto son respetadas por aquellos cuyos desórdenes reprimen, habian llegado á quedar sin vigor despues que se habian acostumbrado á violarlas sin remordimientos, y fué necesaria toda la autoridad que un gran mérito unido á virtudes eminentes dió al papa san Gregorio para recuperar á la disciplina el vigor respetuoso que habia perdido en medio de la confusion que reynaba por todas partes. Todo lo que este ilustre pontífice emprendió para la conservacion de la fe y restablecimiento de las santas reglas lo presentaremos con admiracion quando hablemos de sus trabajos, de su talento y de sus escritos en el artículo que consagremos á su memoria.

Casi durante todo el curso del siglo quinto hemos visto probada con el fuego de la persecucion á la iglesia de Africa. Despues de esta violenta tempestad tuvo algunos años de reposo; pero esta calma de que se aprovecharon los pastores para reanimar la fe de los fieles, y prepararlos para nuevos combates, se acabó con el reynado de Gontamundo, que habia subido al trono de los vándalos despues de Hunerico. Trasmundo su hermano que le suce-

dió, no siguió el mismo camino; renovó la persecucion en toda el Africa, y se hizo mas cruel que nunca. Mandó cerrar las iglesias Católicas que Gontamundo habia permitido abrir, y prohibió consagrar obispos para las iglesias que no los tenian; mas los pastores se han persuadido á que los intereses de la religion que les eran confiados no les permitian obedecer unas órdenes tan manifestamente injustas; y de consiguiente dieron obispos á las iglesias vacantes, con el pensamiento de que si la persecucion llegase á cesar, estos nuevos pastores servirian á sus rebaños con sus instrucciones y sus exemplos, y que si Dios alargase la prueba, edificarian á sus pueblos con sus sufrimientos, y serian sus guias en el martirio. Irritado Trasamundo de una conducta que miraba como un atentado contra su poder, desterró de una vez á doscientos obispos; de cuyo número era San Fulgencio, cuyas virtudes y escritos haremos conocer en el artículo de los personajes ilustres. Fué su asilo la isla de Cerdeña, en donde tuvieron mucho que sufrir á pesar de los generosos cuidados del papa Symmaco, que les enviaba todos los años dinero y vestidos. Hilderico, que sucedió á Trasamundo, que murió en 523, mostró sentimientos tiernos y mas humanos, aunque Arriano levantó el destierro á los obispos, y restituyó á los católicos las Iglesias de que habian sido despojados. Así la Africa por la clemencia de este príncipe recobró el libre ejercicio de la religion Católica de que habia sido privada por espacio de sesenta y seis años, contando desde la persecucion de Genserico. Se hizo aun mucho mas sólida esta dichosa revolucion, luego que Belisario hubo hecho la conquista de Africa para el emperador Justiniano en 534, y puso fin al reynado de los vándalos que habia durado setecientos años: en este tiempo se juntaron los obispos, y tuvieron un concilio nacional en Cartago para dar gracias á Dios por la paz que al fin les habia concedido, y tomaron conocimiento del estado de las iglesias que no habian sufrido ménos en lo temporal que en lo espiritual durante el curso de una tempestad tan cruel y tan larga.

Continuaba el Arrianismo dominando en España baxo los príncipes visogodos que reynaban sobre esta porcion del antiguo imperio romano: esto no obstante Alarico que fué vencido y muerto por Clodoveo en la célebre batalla de Bobille en Poitou, trató á los católicos con mucha huma-

nidad. Permanecieron con corta diferencia las cosas en este estado baxo los príncipes que le sucedieron hasta Leovigildo que subió al trono en el año de 572. Era arriano como sus precedesores, mas tenia con superioridad á ellos un zelo ardiente por su secta, y una fuerte animosidad contra los católicos. Sus dos hijos Hermenegildo y Recaredo habian sido educados con los mismos pensamientos; sin embargo el primero que se habia desposado con una princesa católica, hija de Sigiberto y de Brunequilda, no rehusó escuchar las instrucciones de San Leandro obispo de Sevilla. Este le demostró la falsedad del Arrianismo, y le convenció de todos los riesgos que corría relativos á su salvacion, permaneciendo en una comunión separada de la Iglesia. Se rindió el príncipe y abjuró el error: mas habiendo llegado esta mudanza á noticia de Leovigildo, se enfureció y persiguió con violencia á los católicos de sus estados. Fueron los primeros objetos de su cólera los obispos, de los cuales desterró un gran número. Los suevos, pueblo belicoso, establecido en Galicia, que acababan asimismo de abandonar el Arrianismo, fueron envueltos en esta persecucion. Hermenegildo, para evitar la venganza de su padre, que era muy terrible, imploró el socorro de los griegos. El temor le habia arrojado á esta rebelion, mirándola como el único medio de conservar su vida; conducta criminal que nadie podrá justificar, y que conoció Leovigildo quando cayó en las manos de su padre por la traicion de los griegos, y su arrepentimiento contribuyó á la resolucion que tomó de morir, si fuese necesario, á fin de lavar su culpa con su sangre. Su resistencia á la voluntad de su padre, que le ofrecia la vida y le aseguraba el trono si consentia en entrar en la comunión de los arrianos, le mereció la palma del martirio. Leovigildo murió poco tiempo despues; y penetrado del dolor de haber hecho dar la muerte á su hijo, reconoció la verdad de la religion Católica, y recomendó á San Leandro á su segundo hijo Recaredo, á quien correspondia subir al trono. Hecho dueño de la España este príncipe jóven, no se contentó con dexar el error para asegurar su salvacion, sino que de algún modo se hizo el apóstol de sus vasallos, que tuvo la gloria de traer á la verdad por su suavidad y persuasion. Principió ganando á los obispos arrianos, y los pueblos siguieron en tropel el exemplo de sus pastores. Así la he-

regía fué desterrada de España adonde había entrado con los bárbaros, y en donde había reynado cerca de doscientos años. Un concilio juntado en Toledo tomó medidas sábjas para afirmar esta feliz revolucion, y restableció la disciplina baxo la proteccion, y con la autoridad de Recaredo, cuyo pacífico y glorioso reynado se extendió hasta el año primero del siglo séptimo.

No se reconocía en este tiempo ninguna parte de la Iglesia en donde fuese más floreciente que en Francia la religion católica. Clodoveo y demas príncipes que le sucedieron, á pesar de sus costumbres aun groseras, y de un fondo de crueldad, fruto de su educacion enteramente guerrera, honraron á los obispos, protegieron las leyes eclesiásticas, y distribuyeron sus haciendas en iglesias y monasterios con una magnificencia verdaderamente real. Si miraron igualmente con horror la religion y la humanidad á los hijos de Clodoveo, que asesinaron desapiadadamente á sus sobrinos para apoderarse de su herencia; las virtudes de su madre santa Clotilde, el espíritu de retiro y de mortificacion que resplandeció en san Cloud, ó Clodoaldo, príncipe de la casa real, y la piedad de santa Rodegunda, muger de Clotario, princesa tan humilde y tan liberal para con los pobres, fueron para la Iglesia motivos grandes de edificacion. La eminente santidad de la ilustre virgen Genoveva, á quien desde la edad de quince años había consagrado á Dios san German de Auxerre, la paciencia con que se le ha visto sufrir las calumnias que se habían divulgado contra su inocencia, y los milagros que Dios concedió á sus ruegos, mucho aprovecharon para inspirar á los pueblos afectos de respeto y de inclinacion hácia una religion que ofrecia modelos tan grandes de virtudes. Aunque hubo llenado toda la Francia de estrépito y de horror con sus delitos la imperiosa Brunequilda, la proteccion que concedió á los ministros que san Gregorio envió á Inglaterra, le atraxo elogios de parte de este grande papa.

Los anglo-saxones se habían hecho dueños de la célebre isla que en tiempo de los romanos había sido conocida con el nombre de Breña, y que despues que se sometió á estos nuevos conquistadores fué llamada Inglaterra: en la que penetró el christianismo desde los primeros años, haciendo asimismo en ella progresos; pues se han visto monasterios en el siglo quinto, y que era bastante grande el

número de christianos para que pudiesen temer los obispos de las Galias los destrozos que podia causar entre ellos el Pelagianismo. Cuyo recelo les obligó á diputar á san German de Auxerre para combatir allí un error que podia adquirir sobre el espíritu de los bretones tanto mas crédito, quanto tenia por autor á uno de sus compatriotas. Hizo á Inglaterra san German dos viages, el uno con san Lope obispo de Troyes, y el otro con san Severo obispo de Treveris. Los milagros de estos virtuosos prelados fueron aun mas eficaces que sus exhortaciones para afirmar á los orthodoxos, reducir á los hereges y convertir á los paganos: mas los frutos de esta mision fuéron bien pronto destruidos por la huida de los antiguos habitantes, y por la multitud infinita de extrangeros que ocuparon su lugar, y que se hallaban todos sumergidos en las tinieblas de la idolatría. Tenia, pues, la Inglaterra necesidad de que viniesen á traerla nuevos apóstoles la luz de la fe: cuya piadosa empresa fué uno de los principales objetos de la solicitud del papa san Gregorio, y la conversion de los pueblos idólatras que se habían establecido en ella uno de los sucesos mas gloriosos de su pontificado. Envió allí hombres probados en virtud, y versados en la ciencia del Evangelio baxo la conducta del santo monge Agustino, prelado del monasterio de san Andres que había edificado en Roma. Fueron recibidos estos hombres apostólicos muy favorablemente de Ethelberto rey de Kent. Abrazó este príncipe el christianismo, y se presentaron á su exémplo una gran cantidad de ingleses para recibir el Bautismo. Al paso que la mies se hacia mas abundante con los trabajos de los primeros obreros, envió el santo papa otros nuevos para desmontar y cultivar este campo que hacia tan fecundo la gracia. Era el jefe de esta mision Agustino que había recibido la uncion episcopal, y que tenia su residencia en Cantorberi; bendiciendo el cielo de tal modo sus trabajos, que en un solo día de Návidad administró el Bautismo á diez mil personas. Su infatigable zelo, su caridad, su desinterés, la sabiduría con que dirigía á todos los que trabajaban baxo sus órdenes para extender la fé de Christo, y sus demas virtudes acompañadas del don de los milagros, le han colocado en el número de los santos. Había comenzado á emprender la conversion de la Inglaterra en el año de 596, y murió en el de 607.